

Blanco y Negro

REVISTA ILUSTRADA

FUNDADA EN EL AÑO 1891 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA

AÑO 36

MADRID 25 DE JULIO DE 1926

NUM. 1.836



PORTADA DEL TEMPLO DE LA LLUVIA, EN PEKIN

CHINA Y LOS CHINOS. EL AJEDREZ Y LA GRAN MURALLA

POR CRISTOBAL DE CASTRO

Profecías que se cumplen

RECOGIENDO las profecías de Carlos Sforza, ministro italiano en Pekín, hubimos de exponer en estas columnas de BLANCO Y NEGRO, con motivo de las revueltas de Shanghai hace unos meses, la situación política y social del inmenso país. Minado por las propagandas de Miguel Karachán, enviado de los Soviets; dividido por los dos bandos centralizados en Pekín y Hong Kong; excitado por la renovación

cuyos Comités de Londres y San Francisco de California iban creando entre sus compatriotas una nueva conciencia social y política; el vasto ex Imperio ofrecía un equilibrio inestable.

Ahora, en estos días, al estallar la guerra civil entre Pekín y Hong Kong, las graves profecías de Sforza se cumplen al pie de la letra. China *fará da se* (dará de sí). Sus quinientos millones de apáticos se convertirán en quinientos millones de emprendedores. Su indolencia será dinamicidad. *Las luces apagadas*—a que alude Voltaire en *El*

huérfano de la China—comienzan a tornarse antorchas.

¿Qué ocurrirá cuando al *coolí*, sustentado por puñados de arroz, degenerado por el opio y la servidumbre, suceda el chino inteligente, culto, bien nutrido en cuerpo y conciencia? El famoso cuadro del ex Emperador alemán deja de ser una fatuidad *diletante* para convertirse en una pesadilla política. Los tres Damocles rivales—Rusia, Estados Unidos, Japón—retiran las amenazadoras espadas suspendidas sobre Pekín. Y corren a sus respectivos países, pregando la inminencia del “peligro amarillo”.

Filosofía del ajedrez

El chino es indolente, apático, lento. Pero ante el ajedrez se inflama, es otro hombre. “La única pasión que les entusiasma—dice Borel en *The New China*—es el juego, y principalmente el ajedrez, que los vuelve locos.” Ricos y pobres, mandarines como *coolís*, todos conocen y dominan juego tan sutil e intrincado.

Su invención se atribuye al Emperador Yao, quien lo inventó para instruir a su hijo en el arte de gobernar los pueblos y hacer la guerra. “El arte de la guerra, del que ofrece una exacta imagen el ajedrez, es el arte de dañarse uno a otro.” Ejercitarse en el ajedrez no sólo es ejercitarse en la guerra militar, sino en la política, en

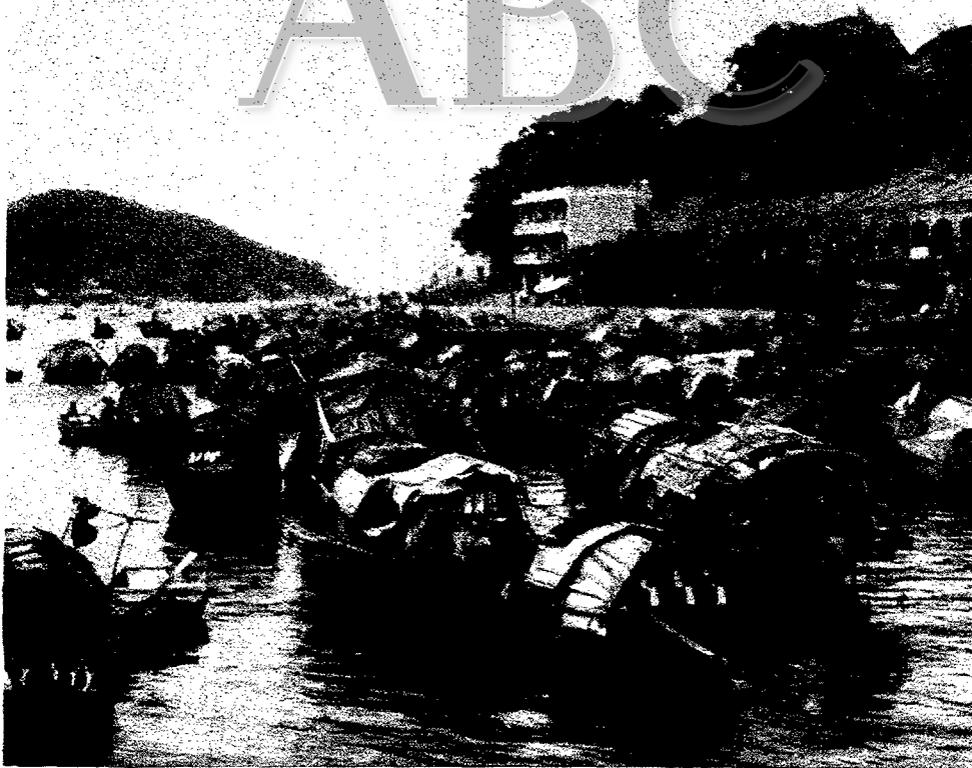
la comercial, en la social, en todas las guerras humanas.

Dañar al enemigo, sea de frente o por el costado, es toda la filosofía del ajedrez y toda la filosofía de la paciencia. De aquí que el chino, formidable ajedrecista, sea el hombre de la paciencia por antonomasia. De aquí que el ajedrez sea el juego nacional.

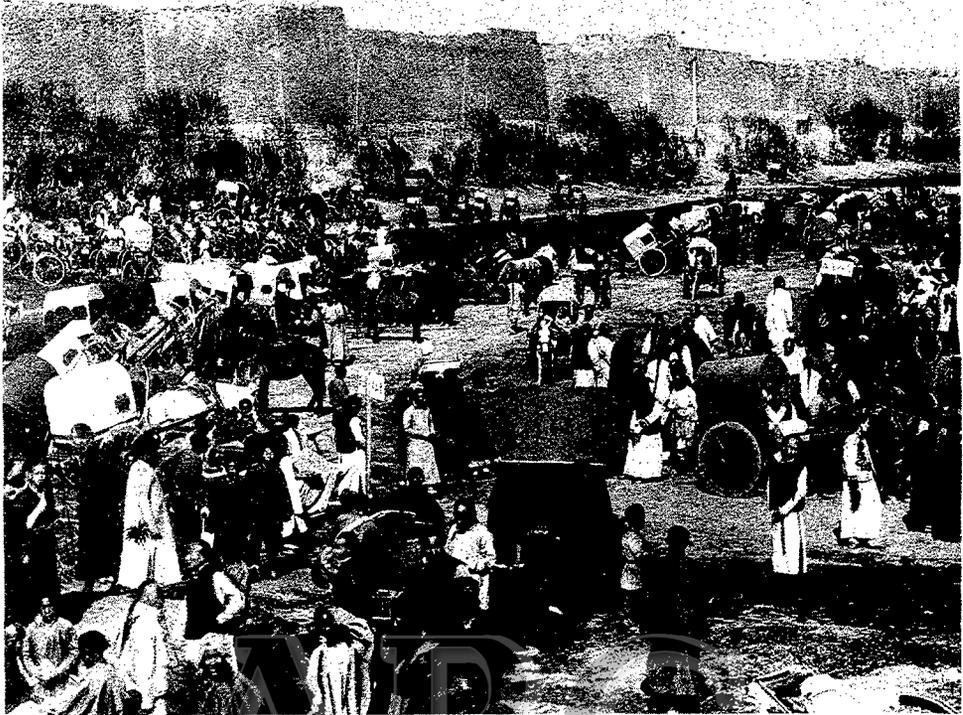
“En nuestros días—dice un compilador de la dinastía Ming (siglo XIV)—muchos que olvidan sus deberes se apasionan jugando al ajedrez. Se entregan a él con furia, dejando hasta de comer y beber. Si les falta la luz del día, encienden linternas, y a veces les sorprende la aurora sin haber concluido el juego.”

El citado compilador sostiene que esta diversión debilita el cuerpo y el ánimo, enloqueciendo al hombre.

“Si tiene negocios—dice—, los abandona. Si se presentan huéspedes, los despide. Nada, ni músicas, ni manjares, ni amores, logra hacer que los jugadores interrumpan su partida. En fin, en este juego puede perderse hasta la camisa. Y entonces se apodera del que pierde la rabia, el dolor, la desesperación. ¿Y para qué? Para quedar dueño de un campo de batalla que no es sino un pedazo de tabla y conseguir un simulacro de victoria, que nunca ha valido al vencedor títulos, ni pensiones, ni tierras.”



HONG-KONG. EL PUERTO, CON LAS PEQUEÑAS EMBARCACIONES “SARPAM”, GONDOLAS TÍPICAS, QUE SIRVEN DE VIVIENDAS FLOTANTES



UN DIA DE FERIA. VISTA TOMADA DESDE UNA TORRE DE LA GRAN MURALLA

Simbolismo de la Gran Muralla

La Gran Muralla forma, con el ajedrez, la historia del espíritu chino. Levantada dos siglos antes de Jesucristo por el Emperador Sin-Chi-Oang-Ti, primero que juntó bajo su dominación toda China, se dilata en una extensión de cerca de 500 kilómetros. Tiene 25 pies de altura, otros tantos de espesor en su base y 15 en la plataforma, donde pueden correr de frente seis jinetes. Toda ella está almenada, flanqueada de torres, que se suceden a distancia de dos tiros de flecha.

Elévase, siguiendo las desigualdades del terreno, a 500 pies sobre el nivel del mar. El padre Gerbillón, jesuita misionero, fué el primer europeo que hizo de ella un croquis, describiéndola minuciosamente en su amenísima *Relación de un viaje a la Tartaria asiática*. Está por fuera revestida de piedra de talla, y tiene cuatro grandes puertas de hierro, llamadas de Liao-Tung, de Dauria, de Le-Ling y del Thibet.

Sabido es que se construyó para impedir las invasiones tártaras. Pero bien pronto tomó categoría de símbolo nacional, preparando el mito xenófobo. Ya no se redujo a una simple construcción bélica, sino que se le confió carácter comercial, de aduana; carácter político, de Aventino monstruoso; carácter social, de gigantesco falansterio. Cercada de la Gran Muralla, China se aisló del mundo entero, como nación de otro pla-

neta. El famoso "espléndido aislamiento", de Inglaterra, determinado por su posición insular, no la substraía al intercambio humano, en todas sus formas. En cambio, China, "país del centro", en contacto geológico con un vastísimo continente, permanece siglos y siglos dentro de la muralla, como en un pozo, sin otra relación con el mundo que unas bocanadas de aire.

Los viajes de Marco Polo, páginas de invención pueril, como los relatos de Juan Corvino, cándidos anales evangélicos, apenas si recogen ecos de muralla adentro. Hasta que en tiempos del Emperador Kang-Hi, el más liberal de los Monarcas chinos, se permiten las primeras misiones jesuitas, China es como un arca cerrada.

Pero ello fué un breve paréntesis. Hacia 1580 se abren las puertas de la Gran Muralla a los jesuitas y a algunos mercaderes portugueses, que recorren temerariamente el país hasta Cantón. Mas, apenas los mercaderes de Cantón se aperciben, cierran bruscamente el paréntesis, expulsan a los portugueses, proclaman, con rabia xenófoba, la guerra a "los demonios blancos". Joao de Alburquerque escribe, en su pintoresca *Relación*: "Se nos ha recibido como a por-dioseros, tratado como a cautivos, despedido como a ladrones..."

De tarde en tarde, las misiones, católicas o científicas, logran reanudar la penetración; pero siempre el riesgo constante por la xenofobia. Ya en nuestros días, estando asen-



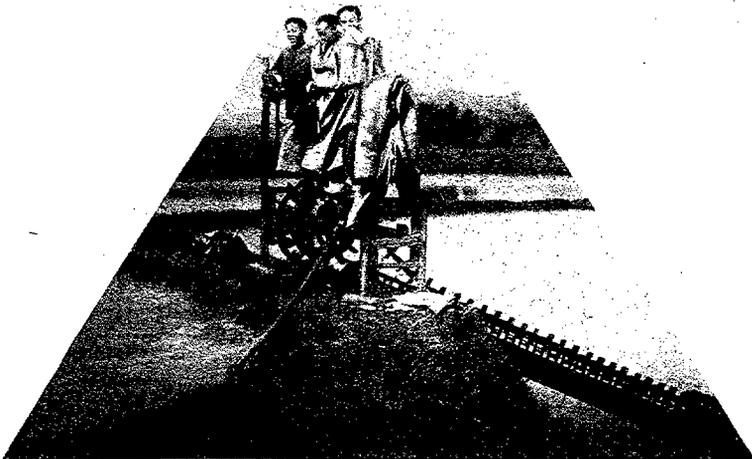
ASPECTO DE LOS CAMPOS DE ARROZ

tadas en Pekín las Legaciones europeas, con fusiles y ametralladoras, han producido en varias ocasiones matanzas de extranjeros. Porque si es cierto que la Gran Muralla material está desportillada y abatida, la Gran Muralla espiritual persiste, fortificada por la masa anónima, por el nacionalismo obtuso y robinsonesco.

Ahora los sucesos de Pekín toman rutas, al parecer, definitivas. La Gran Muralla, como la Bastilla, quedará como el símbolo carcelario de un pueblo.

Antonio de Barta

(FOTOS MARIN)



MAQUINA ELEVADORA DE AGUA PARA REGAR LOS CAMPOS